

Manuel Blesa, coleccionista

M.^a Ángeles Tomás Obón
Fotos: JAP

A finales del mes de marzo Manuel Blesa nos abrió las puertas de su taller en la calle Carreta, una estrecha callejuela, en el casco histórico de Sitges, de típicas casas de pescadores, a pocos metros del mar y de la iglesia que corona el paseo marítimo de esta turística localidad.

Tras pasar la puerta de este taller es hacer un viaje al mundo interior de Manuel Blesa. Allí, por todos los rincones, se encuentran pedacitos de su vida, de sus inquietudes, de sus amigos, de sus colecciones. Una amalgama de objetos y recuerdos -sobre la silla un libro de Salvador Macipe, de Ariño, apilados sobre una mesa varias decenas de libros sobre Aragón, sobre aparadores y paredes fotos con amigos y artistas, en un rincón una guitarra, algunos discos de flamenco y muchos de jota, aquí y allá cuadros suyos y también de otros artistas, y mires donde mires, cerámicas y otras piezas de colección en un aparente caos que no es tal-. Cada uno de estos objetos, tras pasada esa puerta, cobra vida y nos cuenta una historia sobre Manuel. Todos juntos nos permiten descubrir al Blesa persona, al Blesa pintor y sobre todo al Blesa coleccionista, que es al que queremos presentar en este artículo.

Manuel Blesa nació en Ariño en 1945. Desde muy pequeño se sintió atraído por la pintura y con poco más de 12 años ya iba una vez por semana a Zaragoza, en un camión que transportaba carbón, a tomar clases de dibujo con Alejandro Cañada. Con 15 años se traslada a Barcelona, donde compagina distintos trabajos -barbero, camarero, restaurador de antigüedades- con visitas a museos y exposiciones y algunas clases de pintura. Durante un tiempo también se dedica a hacer retratos en Sitges y Canarias, una práctica que le reportó conocimientos y mucha técnica. A los 27 años, tras un breve pero intenso periodo como guitarrista de flamenco, se instala definitivamente en Sitges. Allí pronto su trabajo empieza a ser cotizado, lo que le permite comprar la antigua casa de pescadores que desde 1972 es su estudio y el albergue de su magnífica colección de cerámica de alrededor de 700 piezas, a las que se suman otros objetos como tallas de madera de carácter religioso: cristos, Niños Jesús, vírgenes, maniqués, muñecos o bustos de estuco de los siglos XIX y XX,



Manuel Blesa muestra una hornacina con una puerta mudéjar procedente de Urrea de Gaén.

etc. No obstante, las piezas más numerosas son las de cerámica, que además se han convertido en la principal temática de su obra pictórica en los últimos años.

Las escudillas, jarrones, platos, albarelos llenan no solo todos los rincones de su estudio sino que además son los protagonistas de sus nuevos y reinventados bodegones. Sin frutos ni productos de caza, las piezas se disponen en artísticas composiciones, siempre diferentes, en las que predominan los valores grises y argentados: "Hago un montaje específico para cada cuadro. Con la perfección de esas piezas sería arriesgado y complicado ambientarlas recurriendo solo a la imaginación. Cada bodegón lo monto previamente hasta que me gusta y cuando lo veo claro empiezo a pintarlo".

A lo largo de los años y paralelamente a su profesión como pintor Manuel ha ido reuniendo una importante colección de cerámica, especialmente aragonesa, aunque también tiene catalana, talaverana, de Manises y una muy buena selección de azulejos góticos. Atesora piezas desde los siglos XIII al XIX. La mayor parte de las piezas son de procedencia aragonesa, principalmente de Teruel y de Muel, y también tiene alguna pieza de Villafeliche.

Manuel nos cuenta que su afición por el coleccionismo en general y por la cerámica en particular empezó cuando en sus primeros años como pintor, en los que predominaba una temática más costumbrista y paisajista, pintaba por los pueblos cercanos a Ariño, lo que le permitió entrar en contacto con los vecinos y conocer de primera mano objetos y cerámicas antiguos. En Albalate fue donde realizó su



Virgen vestidera. Cap i pota del siglo XIX

primera compra importante, una furgoneta llena de todo tipo de antigüedades. Con los años dejó de comprar por los pueblos, pues dejó de ser fácil conseguir buenas piezas, y empezó a adquirirlas en anticuarios. Por ejemplo, tiene muchas piezas de Altabella, un anticuario de Aguaviva. También consiguió muchas piezas a través de Manuel Trallero, uno de los anticuarios más conocidos de Barcelona. Arturo Ramón, padre, al cual recuerda con cariño, le regaló una jarra de cerámica de Teruel del siglo XVIII a cambio de que se la pintara.

Aunque primero despertó su interés por la cerámica y luego se decidió a pintarla, podríamos decir que profesión y afición han ido desarrollándose a la vez, se han ido intercambiando emociones y penetrando mutuamente. Nos comenta que no es raro el caso de grandes pintores aficionados a la cerámica, y pone el ejemplo de Fortuny.

Entre las piezas a las que más aprecio les tiene están las medievales. Pero no siempre sus preferidas son las que pinta en sus cuadros y al revés. Hay piezas que las ha pintado 30 o 40 veces porque de ellas le atrae su perfil o su decoración. En cambio hay otras que no son pictóricas y nunca las pinta, por ejemplo las pilas benditeras y los azulejos, a pesar de que le gustan mucho.

Manuel es autodidacta, ha ido aprendiendo a medida que su colección se iba incrementando. Confiesa que es un fiel seguidor de la bibliografía de María Isabel Álvaro Zamora, catedrática de Historia del Arte de la Universidad de Zaragoza y una gran experta sobre la cerámica aragonesa, autora de la Cartilla turolense número 8, que versa sobre la cerámica de Teruel. Pertenece a la asociación catalana de cerámica decorada y terrisa. Actualmente considera su colección de cerámica cerrada; no adquiere nuevas piezas, aunque sí en algunas ocasiones intercambia piezas con otros coleccionistas, normalmente piezas catalanas por aragonesas. Aunque alguna vez se lo ha planteado, nunca ha organizado una exposición con las piezas cerámicas que posee, no obstante su taller hace las veces de sala de exposiciones permanente.

Pero Manuel no solo colecciona cerámica, su taller atesora otras colecciones que, aunque en menor número, poseen piezas también de gran interés. Destaca una colección de maniqués y muñecos, entre ellos uno hispano-filipino, una serie de tallas de figuras religiosas que comprende piezas de entre los siglos XV y XIX, y algunos cuadros de pintores aragoneses, entre ellos de Javier Ciria, Albiac, Alberto Duce o Trullenque; este último, amigo de Manuel.

Otros objetos de los que se siente particularmente orgulloso son una puerta mudéjar (s. XVI) procedente de Urrea de Gaén; una copia, obra de Vicente Borrás, de un retrato de Francisco Bayeu, originalmente pintado por Goya y cuyo original se encuentra en la Real Academia de Valencia, o un manuscrito de Pau Casals de 1912.



Arlequín autómatas de principios del siglo XX

¿Y por qué coleccionamos?

**Manuel Blesa y
Huberta Siemann**

Dicen que “el mundo del coleccionismo es como el túnel del tiempo: quien entra en él, nunca sale. El coleccionismo se adueña de uno”. Para mí, y desde mi punto de vista de artista, el más importante es el coleccionismo de obras de arte, en todas sus manifestaciones. No por ello quiero quitar mérito a las otras múltiples formas del coleccionismo.

De alguna forma garantiza la perduración del arte en el tiempo, tanto a nivel de coleccionismo particular como de aquel que practican los museos a gran escala. Ayudan a ampliar el conocimiento y hacen partícipes a los no coleccionistas para gozar de él.

¿Y por qué coleccionamos? Coleccionamos por muchos motivos, podría ser porque a menudo sentimos necesidad de ello o porque nos proporciona satisfacción o porque calma nuestras ansias de poseer lo anhelado. Pero creo que a veces ello es innato en una persona, aunque como todo, se puede cultivar. . . Yo me acuerdo de que ya de bien pequeño me inclinaba a recoger cosas y me las guardaba, disfrutando simplemente al contemplarlas. En una ocasión preferí un candil de carburo a un puñado de caramelos que me ofrecían mis vecinos que regentaban una tienda frente a mi casa. Aunque mis padres me lo hicieron devolver luego. Sentí lástima, ya que me gustaba mucho.

Con 15 años me vine a Barcelona, donde conocí a un vecino de mi pueblo que se dedicaba a la restauración y a las antigüedades. Desde el primer momento me interesaba mucho todo lo relacionado con ello y esta experiencia fue el desencadenante de mi afición por las antigüedades, que me abrió un mundo hasta entonces desconocido.

Tuve varios oficios hasta que finalmente me pude dedicar a la pintura, es decir, vivir de ella gracias a circunstancias favorables que incluyen la comprensión y colaboración de mi entorno familiar. En un principio mis temas se cernían a Aragón, su gente, costumbres y paisajes, lo cual me permitía recorrer muchos pueblos, tomar apuntes y al mismo tiempo empezar a coleccionar cerámica antigua y alguna otra antigüedad. Me acuerdo de la María, la del Atlanti, en Albalate del Arzobispo, o de Carmen Lecha en Alcañiz, por aquel entonces tenían muchas piezas. También eran muy pintorescos los cántaros de barro de Calanda o de Huesa del Común, sobre todo por su forma y encanto popular. Tengo una pequeña colección de cantaritos, pero dado el gran volumen de un cántaro no podía coleccionar muchos, me faltaba espacio. Sin embargo, de la cerámica vidriada pude reunir unas 700 piezas de Teruel, de Muel o de Villafeliche (siglos XVI al XIX). Asimismo una colección de azulejos góticos, heráldicos algunos, en su mayoría de Manises y algu-



Manuel Blesa en su taller

nos aragoneses, en total unas 150 piezas. La mayoría las he adquirido en anticuarios, ya que en los pueblos quedaban pocas cosas de calidad.

Y a través del coleccionismo empezaba a trasladar mi afición al lienzo. Desde hace muchos años el motivo principal de mi pintura son los bodegones de cerámica –siempre la antigua–, cuya alma trato de captar y plasmar en mis cuadros. Es decir, no solo disfruto del objeto coleccionándolo, sino que lo perpetúo en mis bodegones. Su decoración es a menudo tosca y popular, muestra que el decorador carecía de oficio, pero justo por ello el resultado es ingenuo y naif y tiene un encanto especial.

Muchos pintores han sido también grandes coleccionistas. En Sitges, y cito este pueblo ya que es donde vivo y desarrollo mi trabajo, hay varios ejemplos. Santiago Rusiñol y el Cau Ferrat, su casa-taller convertida en 1933 en museo, que es un referente para los amantes del arte; no solo por varias colecciones que alberga, sino también por el encanto de la misma casa situada en una roca sobre el mar. O el Museo Maricel, donación del coleccionista Dr. Pérez Rosales a la Diputación de Barcelona, que finalmente la ubicó en Sitges. O Ignacio Zuloaga, amigo de Santiago Rusiñol y Ramón Casas, que tiene su museo en Zumaya, País Vasco y otro en el Castillo de Pedraza, Segovia. Él hizo asimismo reconstruir la casa de Goya en Fuendetodos. La maravillosa colección de Joaquín Sorolla en su casa museo de Madrid, la colección de cerámica antigua de González Martí, que se encuentra expuesta en el palacio del marqués de Dos Aguas destaca en Valencia, así como en Barcelona la colección de Federico Marés, que reunió cientos de piezas

de esculturas religiosas, tallas policromadas, de todas las regiones de España. El museo que lleva su nombre está junto a la catedral gótica de Barcelona. Son unos pocos ejemplos, pero por suerte hay muchos coleccionistas y muchas colecciones repartidas por toda la geografía española. Digo española, para limitar un poco, pero ya sabemos que el coleccionismo, afortunadamente, no tiene fronteras.

Hoy en día el coleccionismo se ha complicado bastante. En primer lugar ha disminuido el interés en general en las antigüedades, incluyendo la cerámica. Y por otro lado, empezar una colección de cero es ac-



Maniquí. Talla del siglo XIX



Dama florentina. Busto de estuco del siglo XIX



Cristo-Quijote

tualmente casi imposible, salvo que uno tenga realmente los medios, me refiero al dinero que hay que invertir en su adquisición. La mayoría de la gente joven no dispone de ello. En segundo lugar, creo que influye también la tendencia al minimalismo que está tan de moda ahora.

Sin embargo, como todo vuelve, habrá que tener paciencia mientras tanto y cuidar el patrimonio artístico de aquellos coleccionistas que a través de su afición y conocimiento han reunido una colección que vale la pena conservar como vestigio de tiempos pasados.

La cerámica de Teruel

Desde la primera mitad del siglo XIII se conoce la producción de cerámica en los alfares turolenses. Teruel destaca por la diversidad en las especialidades del barro: desde cantería, ollería, vajillas y azulejería a tejería gracias a la abundancia, variedad y calidad de sus tierras. Pero de todas ellas, la cerámica vidriada es la más rica, personal e importante de las que hayan salido de sus alfares. Esta técnica la importan los árabes cuando llegan a la península ibérica, inventada entre los siglos VIII y principios del IX en los talleres del ámbito islámico oriental. Consiste en dar a las piezas un baño en una solución de estaño que actuaba como vitrificante y que impermeabilizaba las piezas. Esta técnica revolucionó la cerámica medieval española. Los alfareros mudéjares supieron sacar todas las posibilidades de una técnica que permitía un fondo blanco, lustroso y opaco, en el que se fundían los tres óxidos que producían los colores de la cerámica mudéjar: el azul de cobalto, el verde cobre y el morado de manganeso. La cerámica mudéjar llegó a gozar de gran fama y difusión en toda Europa, exportándose a Italia y Flandes. Sus centros productores en los siglos XII y XIV fueron Teruel, Paterna y Manises.

Tradicionalmente es conocida la cerámica verde y morada de Teruel, correspondiente a los siglos XII al XV. Se trata de la denominada cerámica bicolor andalusí, muy clásica en estos alfares. Esta cerámica fue llamada mudéjar.

Desde mediados del siglo XIV al XVII alcanza una gran difusión y auge la cerámica azul. Este tipo de cerámica se caracteriza porque el color azul cobalto conseguido en la cerámica turolense posee gamas muy variadas. La tonalidad azul era obtenida calcinando el cobalto que sacaban de las proximidades de la laguna de Tortajada.

Una fecha importantísima para la evolución de la cerámica turolense es 1610, fecha de la expulsión de los moriscos y con ellos, de los alfareros turolenses o una gran parte de ellos. Tras su marcha, su lugar fue ocupado rápidamente por nuevos alfareros, cristianos viejos de procedencias muy diversas, sobre todo catalanes y castellanos, que darían una nueva dirección estética a la producción cerámica de Teruel, la cual adoptaría por ello en esta segunda etapa un tono más moderno y europeo. Aunque el recuerdo de la producción mudéjar anterior no se perdió del todo sino que de algún modo perduró en la estética de su cerámica verde y morada, tanto en sus formas como colores y decoración.

La decadencia de la cerámica turolense llegaría con el siglo XIX para extinguirse del todo en el siglo XX y a su vez resurgir en la producción actual —Punter y Gorriz—, que es básicamente una imitación más o menos rigurosa del pasado.

Otros alfares aragoneses de cerámica decorada que destacaron fueron Muel, Calatayud y Villafeliche, lugares en los que hubo una producción más continuada y personalizada dentro de Aragón. Todas las piezas de cerámica elaboradas en los alfares aragoneses se caracterizan por un estilo sencillo y similar en sus decoraciones, pero podríamos destacar la simplicidad rápida de sus trazados y la belleza rotunda de sus perfiles en la cerámica vidriada turolense, las exquisitas piezas doradas de Muel y el estilo elegante y geométrico de Villafeliche con tonos oscuros, vináceos, azules y marrones pero en general, monocromos.



De izquierda a derecha y de arriba abajo:

1. Jarra con decoración de la orden de los franciscanos. Muel, siglo XVIII
2. Plato de la liebre. Muel, siglo XVII
3. Jarra de Villafeliche, siglo XVIII
4. Cuenco de la liebre, siglo XVIII
5. Frutero. Teruel, siglo XVIII
6. Pareja de albarelos (botes de farmacia). Muel, siglo XVII
7. Pareja de jarras. Teruel, siglo XVIII

8. Plato. Muel, siglo XVII
9. Frutero del ciervo. Teruel, siglo XVIII
10. Plato de la liebre con dedicatoria. Teruel, siglo XVIII
11. Plato del pájaro y jarra. Teruel, siglo XVIII
12. Frutero con mono. Muel o Teruel, siglo XVII
13. Plato de Villafeliche con dedicatoria, siglo XVII
14. Albarelos de Villafeliche, siglo XVIII
15. Jarra y alcuza. Teruel, siglo XVIII